

esencialmente la Córdoba romana, la Colonia Patricia Córdoba. El perímetro amurallado recorre desde la Puerta Osario, por Ronda de los Tejarres (antigua sede de la Caja Provincial, hoy Cajasur), Puerta Gallegos, Almodóvar y Puente. De ahí partían las principales vías. Entre los grandes edificios, destacan el anfiteatro, hallado junto al actual Museo Arqueológico, el circo, bajo la Facultad de Veterinaria —aunque éste es de construcción posterior—, entre otros edificios.

De las casas cordobesas, destacaba la mansión de lujo ricamente decorada con mosaicos, pinturas y esculturas, cuyas estancias se distribuían en torno a los atrios, peristilos, fuentes y jardines. Había casas —se han detectado en excavaciones— en torno a Cruz Conde, Ramírez de las Casas Deza, Blanco Belmonte, San Fernando. El tiempo libre se consumía en la asistencia a actos públicos (anfiteatro, teatro, circo). En la necrópolis de Ciudad Jardín se han encontrado lápidas que corresponden a luchadores que murieron combatiendo en la arena cordobesa. Pudo existir incluso una escuela de gladiadores en Córdoba. Cada año se celebraban espectáculos en honor de las divinidades protectoras de la comunidad. En torno al foro (plaza de San Miguel) tenían lugar las principales actividades públicas, como los comicios, discursos, ceremonias religiosas y homenajes. Hoy día se han detectado los restos del acueducto que traía el agua a la ciudad desde el arroyo Bejarano y la fuente de Vallehermoso en la sierra cordobesa. Se denomina Valpuentes y sus restos son visibles en las inmediaciones del Pryca Sierra.

Inmerso en esa Córdoba en la que abundaban los baños públicos y en la que había numerosos *thermopolia* para los aficionados al vino (en eso Córdoba ha cambiado poco), podemos reconstruir la vida de un niño al que le atraerían, como a todos los jovencitos de su edad, las *placentas* (dulce con miel, típico de la época); al que le gustaría construir barraquitas, enganchar ratones a un carrito, jugar a pares o nones, cabalgar en la caña, a las nueces, al aro, a los soldados, a los magistrados y a los oradores. Ese debió ser el niño que a menudo miraba a su padre para aprender de él. No olvidemos que fueron las *Controversias* y *Disuasorias* de su padre las primeras pautas de su educación, y fue también su padre quien orientó sus pasos a la actividad política, al poder.

Tradicionalmente se confiaba al padre la instrucción de su hijo, que debía enseñar el *abecé* a sus pequeños. El padre era la guía constante del hijo en el primer albor de su inteligencia y en los primeros contactos con la vida en el mundo, para asegurar la continuidad de la raza. También confiaban la educación del hijo a un maestro o lo mandaban a la escuela (*ludus litterarius*). Había tres grados de instrucción y posteriormente se pasaba a la escuela del *rhetor*. En el caso de Séneca, la mayor parte de su educación la llevó a cabo

en Roma, pues se marchó de Córdoba probablemente cuando sólo contaba con ocho años. Lo que sí es cierto es que aunque tratásemos de buscar en la Córdoba de Séneca grandes escuelas, restos de edificios para la educación, difícilmente los encontraríamos, ya que nunca existieron los grandes edificios a modo de escuelas, y las lecciones se daban en algún cuartito (*tabernae, perqulae*) o al aire libre. El año escolar empezaba en marzo, después del *Quinquatrus* o fiesta en honor de Minerva. Las vacaciones tenían lugar los días festivos y cada nueve jornadas, aunque en lugares calurosos como la Bética debía existir un amplio período vacacional en verano. En Córdoba funcionaban escuelas como aquella a la que asistió Séneca el Viejo con algunos de sus amigos. Aprendían gramática como lo demuestra una inscripción encontrada, sobre todo los jóvenes de la oligarquía local. Tuvieron conocimientos del griego, como también lo demuestran testimonios epigráficos, además de los epitafios en poesía popular. Se trata de una preclara generación de cordobeses, que brillaron en el Imperio en distintas facetas de la creatividad literaria, son el mejor exponente de aquella romanización cultural que recibieron los Séneca, así como Lucano y Porcio Latrón⁴.

Influencias del Retórico

El conocimiento de la lengua de Virgilio era muy profundo en la alta sociedad cordobesa, incluso a nivel literario, según lo confirman la primera educación recibida por la familia de los Séneca. En la ciudad debió existir un ambiente cultural destacado y los cordobeses pudieron contactar aquí con exponentes significativos de las letras romanas como César, Varrón o Asinio Polión. Había cenáculos literarios, discusiones filosóficas y lecturas poéticas. Este ambiente de largas cenas con tertulias protagonizadas por los cordobeses en sus mansiones lo canta Marcial. Al parecer, los Séneca fueron formados en las antiguas y austeras convicciones republicanas, en el apogeo a los viejos cultos y tradiciones familiares, en el amor a la patria romana.

Los Annei tenían espíritu de clan y mantenían vinculación y cohesión familiar. El padre siempre ejerció una gran influencia sobre sus hijos. Séneca el Viejo considera fundamental todo lo que afecta al conocimiento de la vida y la naturaleza humanas y concede gran importancia al ejercicio del ingenio y del talento, y antepone el cultivo de las artes liberales a las empresas públicas o civiles.

Córdoba le debía gratitud a Séneca el Viejo, ya que durante la guerra civil entre César y Pompeyo, César castigó duramente a la ciudad, tomándola a saco, incendiándola y matando o degollando a más de 20.000 personas y posteriormente sometida por un gobernador sin escrúpulos, quien provocó

⁴ Los orígenes de la Córdoba romana. El esplendor imperial de la Colonia Patricia Córdoba, de Juan Francisco Rodríguez Neila. Córdoba capital. Volumen 1. Caja Provincial de Ahorros-Diario Córdoba, 1993.

que la ciudad se levantara contra él. Conocido el amotinamiento en Roma se prepararon las legiones para acabar con la protesta, de modo que se temió la destrucción total de la ciudad. Al conocerse en Córdoba la noticia, se organizó una embajada para enviarla a Roma a aplacar las iras de César, a cuya cabeza pusieron a Séneca el Viejo, que logró convencer al propio emperador y reconciliar definitivamente la ciudad con la capital del Imperio.

Pilar León explica en su monografía sobre el Retórico que ser cordobés significaba entonces ser y sentirse tan romano como en la propia *Urbs*, con la particularidad de que en provincias se exageraba más la exaltación y defensa de las costumbres antiguas, el apego a la más venerable tradición romana y la lealtad a la República. En este ambiente se desarrolló el viejo Séneca, considerado honesto, con gran sentido del humor y con una eticidad intachable. Padre e hijo tenían en común la vocación literaria y el entusiasmo por la elocuencia, de modo que no es extraño que la expresión del padre fuese aprovechada por el hijo.

El padre le debió inculcar los fundamentos de lo que luego se ha llamado senequismo y uno de sus atractivos es la universalización racionalista de los problemas sociales. Se trata de un hombre de acción, que muestra interés por los esclavos, por el hombre, por la problemática de su obra, que él contribuyó a enriquecer.

Séneca el Viejo fue, seguramente, el verdadero creador del senequismo, o al menos, el que le infundió vida y estilo, y el que lo adoptó primeramente como postura ante la vida que impregna la existencia. Por aquellos años de infancia de Séneca el Filósofo, aquellos únicos años cordobeses, debió aprender a absorber el espíritu dialéctico del padre; la concepción digna e irónica de la existencia humana; el estudio como refugio; la virtud sobre el ideal antiguo; el desprecio a las cosas pasajeras; actitud religiosa y valoración de prerrogativas humanas y cívicas. Influye en el hijo la propensión a la expresión retórica con inserción de discursos y digresiones; el empleo de la objeción, la antítesis y la paradoja, que ponen de relieve el método dialéctico, y una tendencia pronunciada a condensar el pensamiento en máximas concisas. Estas máximas habían despertado desde siempre un gran interés en su hijo cuando era pequeño y le recomienda no abusar de ellas. También abunda el empleo de ejemplos históricos y del mito, que le sirve para llevar a cabo un proceso desmitificador y mantener ante él una actitud irónica.

La desigualdad social

Una de las ideas esenciales que el Retórico inculca en el Filósofo gira en torno al tema de la desigualdad social, convirtiéndose el tema en caballo de

batalla. Padre e hijo cierran filas contra la riqueza, el vicio, el lujo y denuncian la hipocresía de un siglo que bajo el calificativo de «áureo» camufla graves injusticias. El senequismo abraza la causa de la equidad y se lanza a combatirla, también contra el vicio, la depravación y la esclavitud.

«El principio, el objeto inmediato de la obra de Séneca el Viejo es la crítica de la elocuencia por la que siente inmensa admiración, en el sentido de que su grandeza es espejo en el que siempre se ha reflejado la grandeza de Roma. Su ideal es Catón y aún más Cicerón, al que no pudo oír por causa de las guerras civiles», explica Pilar León. Y añade que su prosa es culta y cuidada, salpicada de descripciones poéticas, digresiones históricas o filosóficas, todo un bagaje barroquizante y efectista. Como historiador ejerció influencia sobre Suetonio, Tácito, Floro, Apiniano y Lactancio, entre otros. El Viejo acepta la religión por no estar basada sobre argumentos racionales, sobre la autoridad de la tradición, sobre el Estado romano. El escepticismo lo lleva a no aceptar la intervención de los dioses en la vida humana, en la medida en que los pequeños episodios cotidianos no son de su incumbencia, sino que obedecen a la casualidad. La muerte es un descanso, un fin natural y no un castigo.

El viejo Séneca enseñó a su hijo en la idea de apoyar decididamente al débil, al postergado y al inferior. Se alinea con los que hacen ver la injusticia que impera en la sociedad de su época y se esfuerza por mitigar el desequilibrio.

La obra del padre vino a alertar a una sociedad moralmente culpable, agazapada tras la concha de su egoísmo e insensible a las exigencias y reclamaciones del orden y de la ley natural, como resume Pilar León.

La tía del filósofo

Existe un tercer personaje que ejerció un papel esencial en la niñez y juventud de Séneca. Se trata de otra mujer con la que convivió largamente y en momentos en que por su edad le hacen especialmente vulnerable para recibir de ella educación y enseñanzas. El mismo llegó a decir que «Más profundamente calan los preceptos que se inculcan en la tierna edad». Nos referimos a su tía carnal, hermana de la madre, sin duda cordobesa, cuyo nombre nunca se ha sabido. Siendo aún niño, el padre, la madre y los hermanos de Séneca se trasladaron a Roma, quedándose él con su tía en la casa, para hacer posteriormente con ella el largo viaje a Roma. Esta tía suya fue precisamente la que lo cuidó cuando posteriormente enfermó de tuberculosis o asma, trasladándose con el muchacho a Egipto una larga temporada. Posiblemente, las delicadezas de su tía influ-